

KATE THOMPSON

EL
CLUB
DE LAS MUJERES
VALIENTES

Traducción de:
ANA ISABEL SÁNCHEZ



MAEVA

Prólogo

Grace

28 de junio de 1940

EL FINAL DE junio trae a Jersey sus días más perfectos y divinos. El cielo es de un azul despejado y el sol del verano proyecta un cálido resplandor meloso sobre Havre des Pas.

Grace La Mottée ha salido del trabajo y flota bocabajo en la piscina de agua salada mientras escucha el chapoteo de los bañistas. En lo alto, los pájaros se abaten trazando elipses. Inhala el aire fresco del mar hasta llenarse el abdomen. Sal y algas secas. Los olores y los ruidos habituales de su isla natal. En ese momento, Grace necesita lo conocido, la rutina.

Hace una semana que la mayoría de los evacuados abandonaron la isla. Más de seis mil quinientos. Durante varios días, salieron en tropel del puerto formando un maremoto caótico de tráfico humano. El palpar sordo de los motores de los barcos carboneros vertía humo sobre el rumor de los sollozos. Y, a su estela, un silencio inquietante ha descendido sobre la biblioteca. No todos los bibliotecarios pierden a la mitad de sus usuarios de la noche a la mañana.

Grace y Arscott, el bibliotecario jefe de Saint Helier, han hecho todo lo posible por recuperar los libros que aún estaban en préstamo y por mantener satisfechos a los usuarios que aún quedan.

«La gente va a necesitar los libros ahora más que nunca», repite Arscott, o Ash, como lo llama ella, una y otra vez. Y tiene razón. La biblioteca ya ha empezado a atraer a los isleños, como si el elegante edificio de granito rosa de la Royal Square pudiera envolverlos en

sus brazos reconfortantes y lanzarles el salvavidas de los libros. Y así ha permanecido la gran matriarca —pues Grace está segura de que la biblioteca es una mujer—, digna y elegante, con todos sus tesoros a buen recaudo en su interior.

Ahora Grace existe en un espacio onírico. Observando. Esperando algo que nadie sabe muy bien qué es. Se ajusta el tirante del bañador y espanta una mosca con la mano.

Un ruido amortiguado sacude el agua y la joven levanta la cabeza de mala gana. Sobre la pared en forma de herradura de la piscina brillan el mar y el cielo. Un borrón negro araña el azul turquesa.

La mosca se acerca zumbando, demasiado rápida, demasiado oscura. La mosca tiene una cruz negra en la parte inferior del ala.

—Son Heinkels —grita una voz—. ¡Están bombardeando el puerto!

Grace se yergue y patalea para mantenerse a flote en el agua; la cabeza le da vueltas. Del tren de aterrizaje del avión empiezan a caer hileras de bombas que descienden con majestuosidad hasta tocar tierra. Después, unos penachos de humo gris y espeso se elevan hacia el azul formando espirales. Paralizada, observa a los bañistas que salen de la piscina reptando y trastabillando, que agarran las toallas de baño y las manos de los niños. Los ve mover la boca, unas fauces negras y vacías que derraman palabras, pero no los oye. Entonces, el estruendo le llega en tromba: los gritos, la sangre que le sisea en los oídos.

A salvo. Tiene que ponerse a salvo. Nada hasta el bordillo y sale, empapada. No encuentra la toalla. No hay tiempo. Los aviones alemanes están dando la vuelta, ametrallando las calles. Echa a correr, descalza, entre edificios destrozados y carne astillada. Las cesterías están ardiendo. Una neblina de humo rodea el hotel Pomme d'Or. Una mujer huye de la nube de ceniza sujetándose los restos convulsionantes de un brazo amputado. Grace resbala con algo carnoso, pero no se atreve a detenerse ni a respirar hasta que llega a la biblioteca.

—Grace...

—Ash...

Hablan al unísono.

La mujer baja la mirada. Es absurdo: está en las escaleras de la biblioteca y sigue llevando el bañador y el gorro de baño de margaritas amarillas. Le sangra la rodilla. No recuerda haberse caído.

— Ve a casa, cámbiate y vuelve — ordena Ash—. Tenemos trabajo. Ya vienen.

A Grace le castañetean los dientes de miedo.

— ¿Qué...? ¿Qué tenemos que hacer?

Ash ya está abriendo la puerta de la biblioteca, le tiemblan los dedos mientras intenta apuñalar la cerradura.

— Vendrán a por los libros de los autores que reprueban. Hay que esconderlos.

A Grace jamás se le había pasado por la cabeza que hubiera libros que los alemanes censuraran. Más adelante, mucho más adelante, su ingenuidad e inocencia en ese momento le resultarían casi risibles, si no fuera por los horrores que estaban a punto de desatarse.

— Date prisa, Grace. No hay tiempo que perder. La invasión ha comenzado.

Bea

Dos días más tarde

A DOS CALLES de la biblioteca, la empleada de ventanilla Bea Gold permanece rígida ante los ventanales cubiertos con cinta adhesiva de la oficina de correos de Broad Street, junto con el resto del personal de Atención al Público. Detrás de ellas, amontonadas en todos los huecos disponibles, hay montañas de paquetes de papel de estraza abandonados por los evacuados que intentaban enviar sus posesiones a Inglaterra antes de la ocupación. Tal vez, piensa Bea, sea demasiado tarde para eso.

Los oyen antes de verlos. El estrépito sincronizado al milímetro de las botas militares sobre los adoquines, que retumba por las calles estrechas de Saint Helier. El pánico la estruja con una mano helada.

—Eres la más rápida. Ve arriba. Diles que ya han llegado —grita Winnie—. Date prisa.

Bea se da la vuelta y sube de dos en dos los escalones que llevan a la sala del fonógrafo, en el piso superior.

Vera Le Dain, la chica del telégrafo, espera con los ojos abiertos como platos.

—Rápido, avisa a Londres.

Vera se vuelve sin pronunciar una sola palabra y empieza a teclear un mensaje para la Oficina Central de Telégrafos de Londres. Bea se coloca detrás de ella y lee lo que escribe: «Están entrando en el edificio; tengo que cerrar ya; espero volver al circuito después de la guerra, que Dios nos ayude a todos; Dios salve al rey; adiós, de momento».

1

Bea

8 de septiembre de 1943

Tres años más tarde

LIBRO PROHIBIDO

La chica de seda artificial, publicado en 1932 por la novelista alemana Irmgard Keun, cuenta la historia de una joven berlinesa que recurre a la prostitución en su intento de convertirse en estrella de cabaré. Los nazis censuraron su «vulgar representación de la feminidad alemana». La vida de Irmgard también fue propia de una novela. Tras su inclusión en la lista negra y su infructuoso intento de demandar a la Gestapo por lucro cesante, huyó de Alemania y, en 1940, fingió su propia muerte para volver a visitar a sus padres con documentación falsa.

BEATRICE GOLD ARRASABA con la vida como las llamas de un fuego descontrolado. No era una belleza en el sentido tradicional. Por separado, cada uno de sus rasgos era demasiado para su rostro: los labios como una enorme cucharada de mermelada de fresa, los rizos oscuros y enmarañados y un brillo en los ojos que revelaba su picardía. Y, en aquel preciso instante, estaba metida en el mayor lío posible.

Desnuda, yacía aplastada bajo el cuerpo caliente de un hombre, cuya piel salada ardía junto a la suya; las dunas de arena le agujiaban la carne de la espalda.

— ¡Serás capullo, Jimmy! ¿Por qué has tenido que distraerme? Ahora habré perdido el último autobús de vuelta a la ciudad.

Él sonrió y le pasó las manos por los brazos para inmovilizárselos contra la arena.

— ¿Distraerte? ¡Tú sí que sabes ser romántica!

— Ya me has entendido.

— Oye, ¿por qué no te quedas? No quiero que te pillen por la calle después del toque de queda.

Bea sonrió con ternura.

— Uf, venga ya, esos boches son unos tarugos, no me pillarán. La mayoría no serían capaces ni de encontrarse el culo usando las dos manos.

Jimmy le trazó un reguero de besos por el cuello.

— Eres preciosa, Bea. Aunque hables como un carretero.

— ¡Un poco de respeto! — replicó ella —. Mira qué pinta tengo. Llevo tres años sin ver un pintalabios y hay percheros que tienen más curvas que yo.

De inmediato, sus pensamientos se desviaron hacia algunas de las *Jerrybags* de la ciudad que andaban por ahí recién maquilladas y perfumadas. En Jersey había chicas capaces de hacer cualquier cosa a cambio de un puñado de sucios marcos imperiales.

Jimmy se inclinó sobre ella para besarla, pero Bea se liberó con un rodillazo bien dirigido a la ingle. Buscó a tientas su vestido y se lo puso pasándoselo por la cabeza. Después, metió los pies en un horrible par de zapatos con la suela de madera, de los que se producían en la fábrica Summerland.

— Si llego tarde, mi madre me pondrá de vuelta y media — murmuró mientras se abrochaba los botones de la rebeca —. Ya la conoces, es la única mujer capaz de irse de vacaciones y volver con quemaduras solares en la lengua.

Jimmy se echó a reír y se le formaron hoyuelos en las mejillas. El sol del atardecer le resaltaba los ojos de color verde turbio.

— Vacaciones — suspiró al mismo tiempo que se ponía en pie de mala gana —. ¿Te acuerdas de lo que eran? — La atrajo hacia sí y volvió a besarla en el cuello lleno de arena —. Algún día, Bea, viajaremos

por toda Europa, sin toques de queda ni alambradas. Solo playas vacías y cervezas frías.

Jimmy La Mottée, el hijo de un granjero de Saint Ouen. Si no fuera por lo mucho que lo quería, Bea no habría aguantado todo aquello de ninguna manera. El trayecto en bicicleta desde Saint Helier hasta su casa, ubicada al oeste de la isla, era toda una hazaña en una bicicleta que tenía mangueras por ruedas. La salud física de la joven estaba en su punto más bajo. Antes de la guerra, era pan comido, pero, ahora, después de cada viaje sentía que los pulmones le iban a reventar.

El momento del purgatorio comenzaba a las seis de la tarde, cuando cerraba la oficina de correos de Broad Street. Bea se miraba las piernas esqueléticas. Sentía el dolor del hambre como una verdadera carcoma en la barriga. No le gustaba quejarse —a fin de cuentas, todo el mundo estaba en el mismo barco—, pero tres años de ocupación le habían pasado factura. Sentía que le habían consumido hasta el alma.

Con una punzada de dolor, la joven se dio cuenta de que, en realidad, lo que echaba aún más de menos que una buena comida era ir a la biblioteca —donde trabajaba Grace, la hermana de Jimmy y su mejor amiga— y sacar prestado el libro que le diera la gana. Perderse en el glamur de una película de Hollywood. Bañarse desnuda bajo las estrellas. El férreo control sobre los detalles más insignificantes de su vida se había estrechado, los tentáculos de la nazificación se extendían poco a poco.

Bea seguía cavilando cuando se dio cuenta de que Jimmy le había preguntado algo.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—Qué respuesta tan bonita a mi propuesta de matrimonio.

La miró con una sonrisa irónica, con el pelo de color rubio sucio salpicado de granos de arena.

—¡No seas tonto! Espera... No lo dices en serio, ¿no?

—Por favor, Bea, escúchame. Es importante.

Jimmy tiró de ella hasta que volvió a sentarse en las dunas y quedó oculta a la vista.

—Quiero casarme contigo.

—Estás tramando algo. ¿Qué es?

Él soltó una carcajada y se pasó las manos por el pelo para sacudirse la arena.

—Muy bien. Voy a marcharme de la isla.

Un nervio se le crispó bajo la mandíbula.

—¿Cuándo? —Quiso saber ella.

—Mañana, si la marea lo permite. Pero escúchame, Bea, tienes que creerme. Cuando llegue a Inglaterra, te esperaré allí. Luego, cuando acabe la guerra, nos reuniremos y nos casaremos. Puede que incluso nos mudemos a Londres. No puedes pasarte toda la vida trabajando en la oficina de correos.

—Pe... Pero esto es una locura, Jimmy. Eres granjero, no pescador. ¿Qué sabes tú del mar? Las corrientes que rodean Jersey son letales.

—Somos tres, además de un pescador francés del este de la isla que tiene gasolina.

—Escapar desde la costa este es imposible. ¡Sería un suicidio!

—No zarparemos desde la costa este, sino desde el oeste.

—¡Pero si eso es aún más peligroso! Tendréis que escoger la corriente exacta. Si no salís volando por los aires por culpa de una mina, os estrellaréis contra un saliente rocoso.

—Denis Vibert consiguió escapar a Inglaterra en un bote de remos de dos metros y medio —replicó él a la defensiva mientras cogía un puñado de arena y la dejaba caer entre los dedos—. Además —continuó con aire pícaro—, tengo un seguro. —Se abrió un poco el abrigo y Bea atisbó la punta de un arma—. Una Walther P38 —dijo Jimmy con el mismo orgullo que si le estuviera mostrando un ternero cebado.

—¿Alemana? —preguntó su novia con un jadeo—. ¿La has robado?

—Anda ya, Bea: si es de los alemanes, no se considera robar.

El pánico la invadió al instante.

—Y... ¿Y qué me dices de Dennis Audrain el año pasado? ¿Y de Peter Hassall y Maurice Gould? Dennis se ahogó. Peter y Maurice

están en una cárcel del continente, solo Dios sabe dónde. No. Es demasiado peligroso, sobre todo si llevas esa cosa.

Cuando el último grano de arena le resbaló de la mano, Jimmy se volvió hacia ella.

—El caso es, Bea, que por cada diez hombres que fracasaron hay uno que lo logró, y eso demuestra que puede hacerse. Es posible que acabe en una cárcel alemana, pero ¿qué más da? Al menos tendré una anécdota que contarles a los nietos.

«¿Una anécdota que contarles a los nietos?».

En aquella ocupación no había ni fábulas ni finales heroicos, solo incertidumbre, hambre y supervivencia. Por encima de las dunas, Bea miró hacia la larga extensión de la bahía de Saint Ouen, hacia sus arenas doradas ahora oprimidas por un horrible garabato de alambre de espino, y sintió que algo se calcificaba en su interior. Aquella isla, antes tan hermosa, se había convertido en una fortaleza anclada. Se sintió herméticamente sellada tras cientos de miles de metros cúbicos de hormigón y de todos los demás despojos de la guerra. Día y noche, los motores humeaban y las máquinas martilleaban para convertir aquellas antiquísimas islas verdes en parte del poderoso e inexpugnable Muro Atlántico de Hitler.

Cerró los ojos para protegerse de la imagen de la guerra y sintió el frescor de la brisa marina que le agitaba el pelo. Jimmy dejó escapar un suspiro que se llevó el viento. Que sus padres lo hubieran disuadido de alistarse en las fuerzas británicas había supuesto un duro golpe para su ego. Había visto a la mayoría de sus amigos correr hacia los barcos de evacuados, ansiosos por unirse a la lucha, mientras él se quedaba atrás para ayudar en la granja como servicio esencial. Sus padres le habían pintado su exención de granjero como una contribución noble y heroica al esfuerzo bélico, pero ordeñar vacas jamás sería suficiente para un hombre tan patriota como Jimmy.

—Bea... —Le dio un golpecito con el hombro—. No te estoy pidiendo permiso —continuó—. Me voy. —La agarró de la mano y se le suavizó la voz—. Pero me gustaría irme sabiendo que has aceptado ser mi esposa. Por favor, créeme. Si me quedo aquí, creo que perderé la cabeza.

—Vaya, ¡muchas gracias!

—No, no me has entendido, Bea. Intenta ponerte en mi lugar. Mis hermanos están luchando junto a los británicos y ¿qué estoy haciendo yo? Cultivando trigo para el pan de los alemanes. Hoy mismo he tenido a uno de sus comandos agrícolas tocándome las narices. No parecen entender que la Madre Naturaleza no acata las órdenes de la Feldkommandantur 515. El otro día me encontré a uno de esos desgraciados en el patio revisándoles las tetas a mis vacas y exigiéndome estadísticas de producción para ver si estoy vendiendo leche en el mercado negro.

Se interrumpió y se pasó una mano por la barba incipiente de la barbilla.

La ira de Jimmy era palpable. Lo hacía erizarse, como las limaduras de hierro bajo un imán.

—Me siento como un animal enjaulado, Bea. ¿No lo ves? Esta isla es una cárcel sin muros.

La joven le pasó la mano por la nuca y sintió la tensión de los músculos fibrosos.

—Vale. Ya has tomado una decisión, pero, para que conste, creo que estás chiflado.

—¿Estás lo bastante chiflada para casarte conmigo?

Bea se echó a reír porque, si no lo hacía, se echaría a llorar.

—Loca de atar.

—¿Eso es un sí?

Asintió y se tragó las lágrimas. Jamás permitiría que la viera llorar. Bea no le había mostrado su fragilidad a nadie, ni siquiera tras la muerte de su padre.

—¡No sabes lo feliz que me has hecho! —exclamó Jimmy, que sintió un alivio abrasador y aplastó los labios contra los de Bea.

Aun así, ella notó que el sabor del miedo se filtraba en sus besos y que el peso frío y duro de la pistola robada de Jimmy le oprimía el pecho.

Él se sacó algo del bolsillo.

—Oh, Jimmy...

Le dio la vuelta al maltrecho anillo de hojalata en los dedos.

—Le he grabado nuestras iniciales. Mira. —JLM. BG—. Es solo temporal, hasta que consiga algo mejor —prosiguió, mientras le escrutaba el rostro en busca de una reacción.

En ese momento, la joven vio que toda la ocupación, el tedio y las privaciones le inundaban el rostro.

Se puso el anillo en el dedo.

—Esto ya es «algo mejor». —Lo besó con suavidad—. Te quiero mucho, Jimmy La Mottée.

Los olió antes de verlos, y el miedo se apoderó de ella. Jimmy también se dio cuenta e, instintivamente, tiró de Bea hacia detrás de las dunas.

A través de los juncos, vislumbraron a una patrulla de la Organización Todt guiando por la playa a un grupo de trabajadores esclavos rusos y polacos. Había una cantera no muy lejos de allí, así que debían de llevar a los prisioneros de vuelta a su campo de trabajo. Bea protestó en voz baja al ver que iban vestidos con apenas unos harapos, cubiertos de barro y cemento tras trabajar todo el día, plagados de piojos y enfermedades.

Desde la llegada de los esclavos y de los trabajadores forzados a la isla el agosto anterior, parecía que el goteo se había convertido en inundación y ahora, un año más tarde, el lugar estaba atestado de esas almas desdichadas. Bea había visto sus campamentos diseminados por toda la isla: cabañas de madera largas y bajas rodeadas de alambre de espino, atestadas de gente agotada por el hambre y el dolor. En los campos de Jersey ya no se encontraban ni fresias ni claveles, ni tampoco deliciosos tomates ni patatas nuevas. Solo esqueletos andantes.

Sus siluetas melancólicas y rígidas estaban cada vez más cerca, y Bea se descubrió absorta en el rostro de aquellos hombres, en los ojos angustiados bajo las gorras con visera. Se obligó a observar con detenimiento a uno de ellos para intentar humanizar una vida que para los alemanes era *Untermensch*, infrahumana.

—No es más que un crío —murmuró, horrorizada.

—Shhh. Si están de vuelta, ya debe de haber empezado el toque de queda. Estamos en la zona militar, no lo olvides. Nos fusilarán en el acto si nos ven aquí.

El chico tenía catorce, quince años como mucho. Bea se estremeció al verlo aproximarse arrastrando los pies. Ella estaba delgada, pero él no era más que un saco de huesos.

Sin poder contenerse, metió la mano en el bolso y sacó un nabo medio podrido que había encontrado junto al camino. Con todas sus fuerzas, lo lanzó por encima de la duna y lo vio rebotar y rodar por la playa hasta detenerse a los pies del muchacho.

Jimmy se dio la vuelta hacia ella de golpe, aterrado, con los ojos tan abiertos que se le veía toda la parte blanca.

— ¡Alto! — gritó un guardia, y el viento arrastró hasta ellos su áspero acento.

Los esclavos se abalanzaron sobre el nabo, pero el muchacho, más pequeño y ágil, lo agarró y lo engulló entre los espumarajos y el barro que le caían de la boca.

— ¿Qué has hecho, Bea? — susurró Jimmy.

El guardia de la OT — vestido de caqui, con el pelo brillante como el charol y la cara como un cuchillo — se encaminó hacia el chico y, con la misma calma que si fuera a acariciar a un gato, cogió su rifle y se lo estampó en la cara. Bea oyó el crujido de los huesos mientras el muchacho se desplomaba sobre la arena.

— *Nehmen Sie Ihren Hut ab!* Quítate la gorra. — El chico levantó la cabeza y obedeció al instante. La sangre le manaba a chorros del corte que le había abierto en la frente.

— ¿Por qué te has quitado la gorra? ¡Vuelve a ponértela! — ordenó, al mismo tiempo que les guiñaba un ojo a sus compañeros.

En cuanto el muchacho volvió a encasquetársela, el guardia le atizó en la cabeza con la culata del rifle. Esa vez, la prenda salió volando hacia atrás por la fuerza del golpe. Entre risas, otro guardia volvió a ponérsela y le hizo un gesto a su colega. Dos de los guardias levantaron al chico, cuyas piernas ensangrentadas quedaron colgando en el aire.

Bea cayó en la cuenta de la terrible verdad: para aquella escoria, ver cuántas veces podían tirarle la gorra al suelo antes de que el chaval muriera no era más que un juego enfermizo.

— No... No puedo verlo — susurró.

Con la vista empañada por las lágrimas, se dio la vuelta y volvió arrastrándose por las dunas hasta donde habían dejado las bicis, ocultas en un grupo de árboles junto a la carretera de la costa.

Se apoyó sobre el manillar de su bicicleta, consumida por la culpa ante la estupidez de sus actos. El dolor abrasador de la ira desbloqueó una oleada de recuerdos aún más oscuros que la inundó por sorpresa. El ruido amortiguado de las bombas. La sangre que empapaba los tablones blancos del barco pesquero de su padre.

Aquel día del verano de 1940, los campos de Jersey se habían teñido del rojo de la sangre y de los tomates. Bea estaba trabajando hasta tarde en la oficina de correos cuando llegaron los bombarderos. La noche en que su padre había muerto desangrado en su barco de pesca. Y, en su miedo, confusión y dolor, todos se habían preguntado qué ocurriría a continuación.

Tres años después, esto era lo que ocurría.

—Los odio —gruñó, mientras notaba que un sentimiento de aversión se le colaba en todos y cada uno de los rincones del alma—. ¡Odio a esos cabrones!

Jimmy la estrechó entre sus brazos y le acercó la boca al oído.

—¿Lo ves, Bea? ¿Entiendes ahora por qué tengo que escapar? La gente tiene que enterarse de esto. Los nazis le dicen a Inglaterra que esta es una ocupación modélica. Tienen que saber lo que está pasando de verdad en esta isla.

La joven asintió y, aunque le sorprendía estar dándole la razón, le asombraba aún más darse cuenta de que, por primera vez desde que una bomba alemana había despedazado a su padre, al fin había roto a llorar.

El viento azotaba la hierba larga de las dunas y les lanzaba remolinos de arena a la cara.

—Lo siento mucho, Bea —dijo Jimmy, que luchaba por contener las lágrimas—. Quédate conmigo esta noche, por favor.

Ella volvió a asentir y levantó la barbilla afilada.

—Me quedo. Porque he decidido que me voy contigo. Yo también me largo de esta isla.